

NOTAS DE LA ACADEMIA

NECROLOGICA



DON JOSE BALLESTER

FIEL A SI MISMO

Una sólida formación religiosa, renovada día tras día en un catolicismo sentido y practicante, y una profunda preparación cultural, también aumentada y multiplicada por la incesante lectura, por la experiencia de un perspicaz observador, buen oyente y apto para la comprensión y la convivencia, más una fértil pero controlada imaginación, proporcionaron la base firme y vital de un humanista, bueno y sabio, humilde y sencillo, afable y tímido, todo cordialidad, atención, mesura y serenidad y de indestructibles convicciones que se llamó José Ballester.

Y es hoy, ya tarde, cuando una voz amiga me comunica por teléfono lo que, no por esperado, era algo que en nuestra esperanza no queríamos oír. Y con la triste noticia el recuerdo inmediato de su vinculación a la Academia Alfonso X el Sabio.

Dos eran los académicos que componían la «vieja guardia» de la Academia. Uno es don Luis Carrasco Gómez, otro era don José Ballester, a quien, por más de una vez, personalmente insté a que me permitiera proclamar su candidatura a la presidencia de la Academia. Nunca quiso aceptar y siempre encontraba nombre oportuno que consideraba más apto para ocupar la dirección vacante. Pero si en su renuncia había mucho de bondadosa humildad, no por eso dejó de colaborar con ahínco y constancia en cuanto pudo en las tareas académicas, especialmente con sus escritos.

Las páginas de «Murgetana», con artículos de amplia trascendencia cultural —para mí fue reveladora la lectura del que dedicó al doctoral La Riva— y sus publicaciones de mayor empeño, como las dedicadas a estudiar la prensa periódica murciana a fines del siglo XVIII, su biografía «popular» del licenciado Cascales o la dedicada al doctor Alarcón, son exponentes de su brillante estilo, de la belleza de su prosa y de su acertada visión histórico-crítica de los períodos estudiados, en donde



resaltaba lo más preciso y representativo del quehacer murciano de aquellos tiempos. Porque siempre Murcia estaba presente en todos sus estudios, ya que era su afán, su anhelo, su sentir y su gozo.

Y como muestra de quien era don José Ballester, un hecho, también en relación con la Academia, lo pone de manifiesto. Tenía yo a mi cargo las publicaciones de la Corporación. Y en cada junta o encuentros en la calle, cuando no por teléfono, solicitaba de don José Ballester nuevos artículos o nuevos estudios, pronto tenía su respuesta escrita. La publicación, unos tras otros, de artículos y libros, lo consideró como una atención abrumadora, excesiva, pero grata. Un día me llamó por teléfono para decirme que había decidido arreglar las cosas terrenales, porque quería dejar todo bien ordenado antes de que fuera tarde. Había hecho una división de su biblioteca, y una parte de ella, toda de publicaciones murcianas —algunas casi únicas— quería donarlas a la Academia Alfonso X el Sabio, pero condicionándolo a que no dijera nada. Y allí, en la Academia, debidamente fichado, este legado permite la consulta a los estudiosos de obras que difícilmente podrían encontrar en cualquier otra biblioteca murciana. Así, sin publicidad, sin darlo a conocer directamente a la propia Academia en alguna de sus juntas, con la sencillez que le caracterizaba, hizo donación de un conjunto de libros muy valiosos; precisamente lo que el más apreciaba, porque eran libros escritos por murcianos o que trataban de Murcia.

Yo no puedo disociar la imagen de don José Ballester, de Murcia. Su talante murciano —sin murcianismos— llevaba siempre un sereno entusiasmo, una fe firme y sincera de amor a Murcia. Por ello recordaré siempre su persona con una perspectiva parcial o total de Murcia al fondo. Y tampoco puedo olvidar que, a la muerte de don Nicolás Ortega Pagán, un alcalde, también de amplio sentir murciano, asoció los nombres de don José Ballester y el mío al designarnos conjuntamente en la misma sesión como cronistas de la ciudad, y sé que Ballester aceptó complacido porque así se consideraba aún más obligado a estudiar el pasado cultural murciano. Y algo semejante sucedió cuando otro alcalde tuvo la feliz iniciativa de proponerle y posteriormente otorgarle la medalla de plata de la ciudad.

Digo mi adiós a un maestro admirado, a un amigo respetado, a un compañero insustituible, a un hombre fiel a sí mismo que nos ha dejado. Pero nos queda, permanece y dura, el ejemplo de su vida y su abundante producción literaria que será siempre bibliografía de indispensable consulta para quien quiera conocer a Murcia.

JUAN TORRES FONTES



OTOÑO EN LA CIUDAD

De pronto, Murcia en agosto —cal ardiente sobre sus calles— ha quebrado en patético sueño el sestero cenital; la cegadora luz se transmutó en penumbra, y en húmeda fragancia de recoleto jardín la restallante sequedad del sol. Por un instante Murcia, toda ella, ha sido transferida al otoño, dulce tiempo de campanarios, vencejos, melancólicas figuraciones. Cuando la muerte, en agosto, ha tomado para sí al escritor don José Ballester, la ciudad, ya digo, ha vivido un fugaz tiempo de otoño.

Quiebra también, sobre la cuartilla, en verdadera y sorda tristeza el aletazo de la inesperada —no por temida— noticia, cuya dolorosa resonancia hace tropezar a quien aquí firma con el bello título de una de las obras de don José, aquella en la que, acaso con más fina elocuencia, quedó Murcia líricamente ennoblecida: «Otoño en la ciudad».

Quienes, por obvias razones generacionales, llegamos después al conocimiento de don José Ballester, enseguida hubimos de identificar la sedante transparencia de su obra escrita, de su palabra regalada, con el clemente sosiego del otoño en Murcia, días en que la luz, por la tarde, tórnanse áurea en la piedra catedral, el aire se colma de limpio azul, y el cingulo de lejanías —colinas y cabezos— es como un anillo de frágil cristal violeta.

La depurada sensibilidad del hombre nos penetró, sucesiva y creciente, a quienes desde la juventud primera, literariamente revuelta, tan desconcertada como inconsecuente, descubrimos en el escritor una liberal templanza que nos ganaba seduciéndonos; era —forzoso es insistir— la seducción del bello tiempo del otoño, en Murcia.

Vivió don José Ballester en escritor inabdicable de su condición, para la tierra suya, propia y nuestra. De ella hizo ocasión de su obra. Supo sin enojar —ni menos aún, demoler— a quienes cultivaban localismos, remontar riesgos a duras penas inevitables. Y su prosa, regida por una



estética de la mejor ley, quedó anclada en el paisaje y en el paisanaje nativos, que lo uno y lo otro abarcó con su pequeña, elegante, clara y segura caligrafía.

Desde las generaciones de escritores murcianos que se inician —oportunidad es ésta para decirlo— con el talento literario de Francisco Alemán (en quien tanto quiso y puso don José) la Murcia distinta y entreabierta que aleteaba, fue recibida con interés y estímulo por el ya venerable anciano, acaso porque en todo este quehacer literario que en los últimos años ha ido fluyendo, reconociese el recoleto y penetrante murciano, la prolongación renovada, noblemente ambiciosa, de su propio empeño.

Su obra, tan arraigada a lo nativo, sorteó sin embargo las fáciles efusiones localistas, pues que las muchas y plurales lecturas habíale, desde la juventud, dotado y acorazado para con el riesgo del empequeñecimiento, o de la trivialidad. Por lo mismo, si al también murciano Juan Guerrero —entrañable de José Ballester— otorgó un día Federico García Lorca el alto título de cónsul general de la poesía, nadie podrá disputar a don José Ballester el de albacea literario, en su tierra, de la cultura española que arrancando del noventa y ocho, y pasando por los hombres —sus amigos y congéneres— del veintisiete, llega hasta ayer mismo como quien dice.

El buen Dios —¡qué envidiable testimonio cristiano, la vida de don José!— ya tendrá aposentado al anciano que se nos fue en agosto, en esa parcela que la eternidad, a no dudarlo, acota con luces áureo-violetas, consoladoras lejanías de transparente azul, igual, igual que los otoños de la Murcia que acaba de dejar.

JUAN GARCIA ABELLAN



TENIA QUE SER EN LA PALABRA

Esa herramienta tantas veces tosca, como mal acabada, de la que está dotado en exclusiva el ser humano —la palabra— era en él instrumento exquisito, capaz de realizar el inexplicable ejercicio de traducir, sin traicionar, el pensamiento; y aún más difícil todavía, porque son estrictamente individuales, personales, los sentimientos. Los suyos eran tan ricos, tan hondos, tan matizados que la tarea para otros hubiera sido irrealizable. Poseía el don de hacer vivir con palabras «el adelgazamiento de la luz de la tarde», o el tono dorado —«de miga de pan trigueño»—, tostado por el sol, de las casas de la huerta, o «la tristeza florecida de melancolía de Murcia».

Y tuvo que ser ahí donde fue herido. Tuvo que ser una pequeña arteria, un minúsculo azarbe, el que negó el riego a la zona más noble, donde se verificaba la milagrosa transmutación de lo pensado y sentido en símbolos significativos, cada vez más depurados, más escuetos, más translúcidos. El resto del cuerpo quedaba indemne; en el cerebro estaban el nombre de las cosas que se le mostraban y que conocía, pero no podía decirlos ni escribirlos. Poco a poco, merced a la filial dedicación, más bien devoción, fue comenzando a rehabilitar; empezó a pronunciar confusamente palabras en que se captaba la relación de significante a significado. Luego la dicción era más clara, pero sólo podía expresarse en desnudos sustantivos o infinitivos de verbos, con pequeñas frases casi telegráficas. ¿Dónde estaban los adjetivos sobrios pero justos y certeros de su prosa?

Era admirable su serenidad y resignación; ni un gesto de impaciencia, de disconformidad con el destino, que para él, en su fe absoluta, era Dios y sus designios. Decía la palabra «morir» y con un ademán en el que las manos, con las palmas hacia abajo, ante el pecho, los brazos flexionados se desplegaban hasta casi formar la cruz, con el claro significado de que no temía la muerte.



Los médicos ignoramos demasiado para que podamos burlarnos de explicaciones que parecen irracionales, metafóricas. ¿Por qué negar la posibilidad de que don José fuese herido en el habla y en el corazón porque una y otro constituyeron la sustancia de su vida al decir sus sentimientos y sentir sus palabras?

Las circunstancias y la fecha en que le llegó la muerte contribuyeron a su deseo de un entierro sencillo, íntimo. Dos veces describió él en su «Otoño...» la llegada allí donde «hay una paz en todo el recinto sagrado, una paz que parece venir del alto cielo sin nubes». Allí quedó su cuerpo mientras «arriba, el aire sano, el día claro están aguardando. Y se ve la ciudad tendida al pie de los montes, sobre su alfombra de huerta y arrebujada en gasas».

LUIS VALENCIANO



JOSE BALLESTER EN SU TIEMPO

Como una fidelidad de lectura a su maestro Azorín, José Ballester ha muerto en tierras de Yecla. Desde Yecla ha cumplido su último viaje de regreso a Murcia, donde el escritor fue sin duda feliz a través de la familia, de la amistad, de la lectura y de todas esas pequeñas cosas que dotan a la vida de un sentido grato. Don José ha sido para mí ese gran amigo con el que se cuenta siempre aun desde la distancia, porque ambos formábamos un libro titulado *Murcia en dos tiempos* donde figuraba la conferencia de Ballester y la mía, en dos años de inauguración de curso de la cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia.

La lectura ha sido para don José Ballester una cuidadosa atención por el texto ajeno, lo mismo que su escritura se mantuvo siempre en ir más allá de lo que leía. La crítica, el juicio de Ballester siempre percibía algo que muchas veces ponía él bondadosamente. Con don José Ballester desaparece un tipo de escritor para quien la realidad perdía violencia serenándose en su proximidad. Cuando el premio Martínez Tornel editó un homenaje al escritor murciano, participaron en la obra autores diferentes unidos por la razón del homenajeado y su sorprendente capacidad de concordia.

En *Juan Ramón de viva voz*, donde Juan Guerrero sitúa en una especie de diario el trato de Juan Ramón con las gentes, y sobre todo con artistas y escritores murcianos, Ballester aparece con su seguridad interior que a veces parecía timidez exterior. En su *Album de retratos*, Luis Garay ofrece la singular personalidad de este escritor que acaba de morir, y que escribió hasta muy cerca de estas horas últimas.

Cuando un escritor muere su vida continúa a través de sus escritos. Los escritos murcianos de José Ballester muestran su sensibilidad, pero también su conocimiento y exigencia. En cualquier momento será posible



decirnos: «Vamos a escuchar a don José Ballester», tomaremos un libro y hallaremos su prosa serena y creadora. No es suficiente, pero es algo que puede suavizar el dolor de una ausencia. Don José Ballester en su tiempo, y en el nuestro. La entrañable lucidez de don José está viva en su prosa, con una huella cálida donde la amistad permanece en la memoria como un destino.

FRANCISCO ALEMAN SAINZ



JOSE BALLESTER

Tuvo que ser la mañana de un sábado agosteoño y el más lejano pueblo de la provincia, Yecla, el tiempo y el lugar escogido por don José Ballester para su tránsito. Callada, silenciosamente, con toda modestia y humildad, como de puntillas, para pasar desapercibido, se nos fue para siempre. Murió como había vivido, alejado de toda vanidad y ostentación. Acaso —seguro— porque sabía que así estaba más cerca, mucho más cerca, de Dios y de sus cosas.

Don José Ballester Nicolás, decano de los periodistas murcianos era, además y por encima, un escritor murciano de gran categoría. Dentro de nuestra profesión, en la que destacó como articulista y editorialista, alcanzó los puestos de redactor jefe, subdirector y director, finalmente, de nuestro entrañable colega «La Verdad». Cargo, este último, al que sirvió desde 1939 a 1959, cuando todavía el periódico no contaba con los medios con que hoy está dotado, lo que significa y quiere decir que don José tuvo que luchar con no pocas y difíciles circunstancias.

Dentro del ámbito periodístico, don José Ballester, además de los puestos de responsabilidad que la Editorial «La Verdad» y, posteriormente, la «Editorial Católica» le asignaron, alcanzó especial estimación de los lectores en sus comentarios políticos anteriores a nuestra guerra, en sus trabajos literarios, de los que ahora hablaremos y a sus críticas de arte, zona ésta en la que mereció el aprecio, la gratitud y la consideración de cuantos se asomaron o asoman al mundo de la pintura y escultura.

Durante varios años desempeñó la presidencia de la Asociación de la Prensa, canalizando y aunando las dos corrientes allí representadas, logrando, merced a esta actitud, días de esplendor para la entidad, que inició así su despegue hacia tiempos más brillantes.

La literatura murciana debe a su bien cortada pluma libros como las novelas «Sueños» y «Otoño en la ciudad», de un trasfondo romántico, pero de un corte en el lenguaje que nos sitúa junto a los modos expresivos de los de la generación del 27.



A estas dos novelas, entre otros libros, habría que añadir «Alma y cuerpo de una ciudad», guía sentimental y docta de Murcia, como luego contaría su «Gufa de Murcia», editada por Everest; «Murcia en dos tiempos», «Amanecer de la prensa periódica en Murcia», como cantos dedicó a la ciudad de sus amores; «Los buenos y los malos. Estampas de la vida del médico Alarcón», estudio bellísimo de la Murcia pasada y lejana; como a este estilo y sentido responde su último libro «Estampas de la Murcia de ayer», hace un año editado —en octubre pasado— y, finalmente, citamos su biografía «El licenciado Cascales».

Este bagaje literario, su ardua labor periodística, desde el plano más noble de la creación literaria, le abrieron las puertas de la Academia Alfonso X el Sabio, de la que era miembro numerario fundador.

Incansable lector, curioso de cuanto pudiera representar un atisbo de cultura, inquieto por las cosas de Murcia, amante de la belleza y de la bondad, don José conoció el secreto de las artes plásticas y amó, entrañablemente el bien, de donde su acendrada religiosidad.

Funcionario distinguido de Correos, otro lugar de trabajo en donde acaparó la admiración y el cariño de sus compañeros, con este cuerpo compartió sus horas y sus días, hasta la edad de los setenta años.

Dios le ha concedido otros dieciséis más de vida, en los cuales ha degustado las mieles de una familia buena, unida, cristiana, numerosa, junto a las hieles de la muerte de su santa esposa y de su amado hijo Paco, que fuera, hace treinta años, redactor de «Hoja del lunes», con los cuales, ahora, gozará de la presencia del Sumo Hacedor.

Esto es lo que pedimos al Señor, lo que de todo corazón deseamos a nuestro viejo maestro, compañero, amigo y decano. A este murciano ilustre, a este caballero cristiano, santo varón, que se nos ha ido una mañana silenciosa de agosto, con la misma sencillez con que apuró los largos años de su bondadosa existencia.

El acto de la conducción de sus restos mortales, se desenvolvió con toda sencillez y en medio de la mayor intimidad. La fecha —domingo de agosto— y la hora —nueve de la mañana— hicieron pasar desapercibido un acto que, dada la tremenda humanidad de don José, hubiera sido masivo.

Quizás así se ha cumplido mejor su voluntad, todo ha sido más acorde, y en consonancia con su carácter y espíritu de humildad.

CARLOS VALCARCEL



PALABRAS PARA DON JOSE BALLESTER

Cuando, domingo por la noche, regreso de esas playas cuyos golosos azules, tan próximos, son alcanzados desde cualquier terraza de La Unión, mi madre me acerca, con el periódico del día, la triste noticia:

—Mira, se ha muerto don José Ballester, aquel señor que fue tan bueno contigo cuando tú empezabas.

Sin aclarar que uno continúa «empezando» cada mañana, con el periódico en la mano rememoro aquel inolvidable gesto de don José, todo bondad, efectivamente, haciendo como que creía en las posibilidades literarias de aquel muchacho que, en una lejana ocasión, acercó hasta sus manos su primer artículo, aparecido al día siguiente en «La Verdad».

—Siga usted escribiendo.

Abiertas las puertas de su amistad, don José quiso insistir en su generosidad, frente a su casa de la calle de la Aurora:

—Aquí tiene usted mi biblioteca.

Estudiantillo yo en Murcia por entonces, debió intuir don José la escasa estatura de mis presupuestos culturales:

—Puede usted utilizar cuantos libros necesite.

Y hasta Aurora, 3, 3.º, fui yo repetidas veces, pisando una Murcia recoleta, familiar aún, todavía sin prisas, en la que a través del disco dedicado, uno podía reconocer la voz caliente y nueva de un tal Machín en la manera de partir el pan de la canción. Uno se pregunta dónde fueron parte de las ilusiones, parte de los proyectos de aquel muchacho que, después de la cena, le gustaba beberse la noche de Murcia, sus olores y sus silencios. Digo que aquella debía ser una Murcia distinta, distante, con larguísimas tardes en las que siempre cabía un partido de fútbol



y una procesión, con galeras de asientos desocupados y carteleras del Romea anunciando audazmente una revista —futura materia de confección en Santo Domingo— con vicetiples abrigadas hasta el cuello por la censura.

—¿Sabe usted, Asensio, que yo viví en La Unión?

—No.

—A fines de siglo. Yo era muy niño entonces, claro.

«Desde mis balcones de la calle Mayor —escribía don José más tarde en «La Verdad»—, en la casa que después se convirtió en asilo, veía pasar hacia Cartagena, los convoyes del ferrocarril en miniatura...» Y antes: «Algunas veces me refugio en los recuerdos infantiles, cuando culminaba el esplendor minero de La Unión». Todavía, en su última carta, el peso de aquellos días en la ciudad minera, «viva e idealizada en los recuerdos de mi infancia».

Una noche de Viernes Santo, asistimos juntos a la entrada del Cristo de la Misericordia en San Esteban, inmerso a un paisaje de torres, cúpulas y palmeras que ya empezaba a ser irremediamente sofocado por el hormigón.

—Esta es la Murcia —me dijo con un telo de nostalgia enredado en la voz— que usted y yo amamos, pero de la que debemos despedirnos porque se nos va.

Ahora es él el que se va de esta Murcia de la prisa, el ruido y las películas «S», y aunque ando en la seguridad de que la Murcia de hoy no es la Murcia que enamoró —y de qué modo!— a don José, pienso si en la plenitud que habrá empezado a gozar junto a Dios —¡terca, robusta, envidiable fe la de don José!— no habrá un punto de merma producido precisamente por la añoranza, la añoranza de una Murcia que, a partir de la noche de este domingo, a mí va a parecerme menos Murcia.

ASENSIO SAEZ

